

## CORREO DE MADRID.

DEL MIÉRCOLES ; DE SETIEMBRE DE 1787.

*Rasgo filosófico.* Contemplaba un filósofo con un microscopio un pequeño insecto y exclamó luego así. La magnificencia del Criador se manifiesta mas particularmente á proporcion que un ente es mas pequeño, y se redobla en los insectos; los cuales han recibido en patrimonio mas sentidos, poseen instrumentos mas finos, mas increíbles, mas maravillosos. Las metamorfosis ó transformaciones sucesivas que experimentan, indican dentro de sí un principio compuesto, que produce y varía estas formas asombrosas.

Los prodigios de la inteligencia se ocultan en el polvo; los tenemos debajo de los pies, y no los conoceríamos sin el microscopio.

Carlos Bonet se tomó un trabajo poco conocido de las personas dedicadas á la diversión, pero es un trabajo digno de nuestro conocimiento, ¿quién es Dios? El podía responder á esta pregunta del carecismo, "El Criador de los insectos." Y nosotros orgullosos humanos ¿qué somos en su presencia?

Si de repente la naturaleza, descorriendo el velo con que se cubre, nos dejase ver desnudo el juego de sus resortes, las ruedas de su máquina inmensa, su estructura íntima, sin privarnos del placer de considerar despacio los medios de que se vale, y el objeto á que se dirige, ¿qué repentina mutacion habria en nuestras ideas! ¿adónde iria nuestra pobre ciencia? Ella seria mas irrisible que la ignorancia misma.

Lo que hace á los sistematicos tan atrevidos para publicar sus ideas, es que saben muy bien, que la naturaleza estará siempre encubierta, y que jamas desmentirá formalmente sus aserciones.

¿Pero deberá por esto abandonarse su estudio? No. Por lo menos muchos esfuerzos del hombre han sido recompensados. Descubrimientos útiles, y curiosos nos han

probado que ella deja de quando en quando escapar algunos secretos; y lo que un siglo no alcanza, lo advierte otro.

Tal experiencia, que parece ociosa y muerta, unida á otra, despedirá un rayo de luz. Es preciso no desconfiar de nuestra insuficiencia, ni concebir el orgullo de abrazar una extension muy vasta.

Sin duda es atrevimiento intitular un libro *sistema del universo*; es prudencia seguir paso á paso la antorcha de la experiencia, y no separarse de ella. El que anuncia una *teoria universal*, como si hubiese asistido al dia de la creacion, cree que habla con muchachos crédulos, y toda su eloqüencia no le quita yo no sé que fisiognomía muy parecida al charlatanismo.

Que un sistema sea atrevido, que sea elevado, yo admiraré su plan; pero querer desenvolver este caos en algunas páginas, querer dar lecciones al siglo presente y al futuro con el sueño de la imaginacion, es exponerse al ludibrio de todo hombre sensato, á quien las palabras solas no hacen impresion.

Todo es bello en el universo, y todo nos instruye; la estrella y el insecto; el meteoro encendido, y la flor de primavera. Esas rocas que parecen desprendidas y que se precipitan, esas cimas desiertas, esos abismos abiertos, en que se pierden los torrentes espumosos, esas canchales bizarramente figuradas, excitan el interés, y fijan la vista y la imaginacion.

Tu riqueza, tu hermosura, ó naturaleza, agota los sentidos del hombre. ¿Por qué son limitados, quando tus atractivos son inagotables? Tu aliento puro reproduce el placer concedido á la viva curiosidad; ¿qué cortos son los momentos que dejas á nuestros estudios! ¿Naturaleza! ser encantador y misterioso, ¿qué lengua sabrá preguntarte? ¿qué pluma sabrá describirte?

¿Tú criticas el plan del universo, débil

y atrevido mortal! Gime tu si padeces, pero no levantes tu imbecil razon contra una obra tan sublime; habla con temor de lo que es superior á tus alcances; ¿tienes tú una idéa intuitiva del mundo? ¿puedes comprehender lo que es? Espera que tu ser se desenvuelva, se perfeccione y pase por todos los grados necesarios, para formarle para el estado á que puede aspirar.

*Historia natural.* Los antiguos Españoles encontraron en Indias un animal tan extraño, que por sus propiedades le dieron el nombre de *pereza*, bien análogo á sus costumbres, y por ironía el de Perico Negro, pues anda siempre arcastrandose; por su gordura y glotonería apenas puede levantar bien los pies para caminar; es tanta la lentitud de su movimiento que en 15 dias no anda lo que alcanza el tiro de una piedra; por mas que se le amenaze, ni aunque se le den palos no se consigue avivarle. Es mas fácil apurar la paciencia del hombre mas moderado, que el que aquel altere su orden regular. Es de la magnitud de un perro mediano; su rostro es muy feo, la melena le nace del colodrillo, y le cubre el cuello. Se alimenta de las hojas de los arboles, vive mucho tiempo en sus cimas, pero necesita dos dias para subir á ellos, y otros tantos para bajar.

*Madrid. Carta.* Señores: si Vms. juzgan digna de la curiosidad del publico la siguiente noticia, podrán insertarla en su Correo.

En la construcción que los Rusos hicieron de un camino desde su imperio al de la China, descubrieron á los 50 grados de latitud boreal entre los rios Irúsch y Obalct en un desierto de considerable extensión, varios parages llenos de sepulcros, de los quales han hablado el señor Bell, y otros viajeros. Este desierto se halla en el extremo meridional de la Siberia, y se decía que los habitantes de aquellos contornos se ocupaban, havia algunos años, en buscar los tesoros depositados en dichos sepulcros, hallando entre las cenizas y huesos de los cadaveres, cantidades considerables de oro, plata y cobre, como asi mismo algunas piedras preciosas, puños de

sables, armaduras y adornos de sillas de cavallos, bridas y otros arneses con mucha cantidad de huesos de animales, y en particular de elefantes. Informada la corte de Rusia de aquellas depredaciones, envió á un oficial general con un cuerpo suficiente de tropas con orden de descubrir y registrar los sepulcros, á que nadie habia llegado, y estuviesen intactos, con el fin de recoger para la corona lo que se encontrase en ellos.

Examinando dicho oficial los innumerables monumentos dispersos en aquel vasto desierto, concluyó que sin duda el mayor sería del Principe ó gefe de una nacion antigua. En efecto despues de haber mandado trabajar en el que tenia por tal, quitando gran porcion de piedras y tierra, descubrieron los trabajadores tres bovedas de piedra mal construidas, de las que el señor Bell ha hecho dibujar algunas en su obra.

La boveda en que estaba sepultado el Principe ó Gefe, se hallaba en medio de las otras dos, siendo la mayor de todas; se distinguía por el sable, la lanza, el arco y aljaba con flechas puestas al lado del cadaver. En la otra boveda se encontró su cavallo, la silla, brida y estribos. El cadaver del Principe estaba tendido sobre una hoja de oro estendida desde los pies hasta la cabeza y cubierto de otra semejante y del mismo tamaño que la de abajo: el cuerpo estaba envuelto en una capa ó manto muy rico con franjas de oro guarnecidas con rubies y diamantes; la cabeza, el pecho, cuello y brazos desnudos sin adorno alguno. La tercera boveda contenia el cuerpo de una muger; lo que se conocía á primera vista por los adornos de su sexo. Estaba inclinada contra la pared de la boveda; llevaba al cuello una cadena de oro adornada con varios anillos guarnecidos de rubies; unos brazaletes en las muñecas tambien de oro. La cabeza, pecho, brazos y cuello desnudos; su cuerpo cubierto con una hermosa vestidura, pero sin adorno alguno: estaba como el otro cadaver entre dos hojas de oro, que pesadas las quatro se halló tenían unas 40 libras. La capa y vestiduras del Principe y

Princesa (pues por tal se tenían) conservaban su primer lustre y hermosura; pero al tocarlas se convertían en polvo. Se registraron otros muchos sepulcros; pero el más particular era el que se ha dicho, sin embargo de que en otros muchos se hallaron cosas curiosas. Los sepulcros dispersos en aquella inmensa llanura son probablemente de los ancianos ó antiguos Tartaros muertos en los combates; se ignora la época, como la historia de estos sucesos. Algunos Tartaros dieron á entender á Mr. Bell en su viage, que aquel País fue el teatro de varias batallas entre el Tamerlan Gran Kan de Persia y los Tartaros calmukos que aquel conquistador quiso, pero en vano, sojuzgar.

*Carta.* Señor Editor: yo soy uno de los muchos vagos tolerados, paseantes en Corte con la divisa de pretendientes, y como no tengo cosa alguna en que ocuparme, todo lo reparo y critico.

A principios de Mayo, vi fijado en las esquinas un vando, en que se renovaba la orden de regar las calles todos los dias, en horas muy proporcionadas para conservarlas frescas toda la noche, y gran parte de la mañana, resultando de esta sencilla operacion mucha utilidad á los habitantes, porque la rarefaccion del ayre influye mucho en la conservacion de la salud. Pero esto mismo hace que esta providencia, mal executada, sea muy perjudicial á la misma salud.

Quando las nubes descargan alguna pequeña rociada de agua en tiempo caluroso, la qual no baña perfectamente la tierra, todos cierran las ventanas, porque el tufo que despiden, y las sales y alkalis que se levantan, infestan el ayre admosterico, y entonces es muy dañoso para la salud; del propio modo se infestará este ayre, y causará los mismos perjuicios á la salud quando se levantan las propias sales, y alkalis por medio del riego avaro que se hace en todas las calles de esta Corte.

A la verdad, en caso de ser problemática la qüestion de, si es conveniente regar las calles, ó omitir este riego, supuesto que es imposible recavar el que la mayor

parte lo execute del modo más conveniente á la salud, lo segundo me parece produciria efectos menos dañosos. Soy de Vm. &c.

*Otra.* Mi querido Editor: en atencion á que á todo hijo de vecino es permitido echar su quarto á espadas, allá voy con el mío, pues aunque su ningun merito debia contenerme por haber visto en el muy recomendable Correo de Vm. excelentes discursos sobre el mismo particular, lo interesante del asunto me anima.

La agricultura es donde se encierra el mayor tesoro del monarca, la mayor riqueza del vasallo, y el único bien de todo el reyno. Su origen es tan esclarecido y antiguo, que nos viene desde Adán: perdió este por su inobediencia la gracia con que fue formado, y se vió precisado á descubrir las entrañas de la tierra para encontrar su sustento; faltó al precepto de Dios por su gusto, y le fue preciso observar la maldicion por castigo; tanto tenia de duro esta, como de benigno aquel. Pero era hombre Adán, y para manifestar la fragilidad de su ser en la inconstancia del obrar, quebrantó el mandato de la vida obedeciendo el precepto de la muerte; dióle aquella en el mismo trabajo aliento para pelear con él, que no era mas quanto respiraba, que una cortisima intermision para llegar á esta. Quería pues vivir, temiendo ya el rigor de la muerte, y no siendo fácil lograr lo primero sin la civilidad de lo segundo, refundida en el trabajo, que es el que proporciona el alimento, le era así mismo imposible hallar este, si á impulsos de su fatiga no se lo producía la misma que le dió forma. Libró en la labranza de la tierra los beneficios de la vida, porque como ya era esta esclava de la culpa, se vistió aquella de asperezas, produciendo espinas y abrojos en vez de flores y maravillas con que generalmente fue adornada por la providencia, y hecha en fin teatro de la crueldad, si antes fue mesa franca del apetito, sudó Adán para limpiarla de aquello con que su mismo delito llegó á endurecerla. Fue en efecto Adán el primer labrador, así como fue el primer

delincuente, y dejando por herencia á todos sus descendientes el horror de la culpa, para pelear, les dejó igualmente por mayorazgo el afán de la agricultura, para vivir.

Esta nobilísima é indispensable profesión se ejercitaba en los principios con muchísimo trabajo, pues la piqueta era el único instrumento de que se valían, para abrir la tierra. En tiempo de Faraon se inventó el arado, que aunque con reja de palo, minoró mucho el trabajo de los Labradores; debiendo estos su alivio á Joseph de Arado, que aunque esclavo gozaba las satisfacciones de mayor privado, correspondiendo con su buen manejo y adelantamientos á los respetos que recibía, pues su gratitud hizo poderosa á una tierra donde mereció tantos honores.

Los Egipcios, según Sústonio y Sículo, ó los Asirios y Atenenses, según el sentir de *Donio* Alexandrino, enriquecieron la agricultura, valiéndose de la reja de hueso. Nuestros Españoles en tiempo de los Godos la pusieron de hierro y acero; adelantamiento tan precioso, que en todo el mundo está recibido.

Desde que se establecieron cabezas para el gobierno de los pueblos, empezó esta profesión á ser distinguida y honrada con muchas prerogativas; porque los que creaban leyes la consideraron como medida del vivir. Uno de los muchos que conocieron esta verdad, fue *Meosis* Rey de Egipto, por lo que promulgó una ley en que mandaba, no se prendiese en la cárcel al labrador por atroces que fuesen sus delitos; solo si se arrestase en su casa con la guardia correspondiente á la gravedad de la culpa, y que en el caso de ser sentenciado á muerte, fuese á la del tablon, que era la que se imponía á los sujetos de primera gerarquía.

Todos los Príncipes se han esmerado en aumentar las prerogativas, gracias y esenciones á favor de los labradores, con cuyos medios tomó tanta estima semejante profesión, que en Roma para significar, que uno era hombre de bien, le llamaban *buen labrador*; de cuya honrosa

expresion dimanó la costumbre que por mucho tiempo conservó nuestra España, de llamar el estado de los Labradores el de los *hombres buenos*. Semejante epíteto se les daba con justo motivo, pues á la verdad en este mas que en otro estado se conserva la pureza de costumbres. En esta atención dijo el eloqüentísimo Ciceron en su libro primero de oficios; que de quantos medios se vale el hombre, para adquirir alguna cosa no hay otro mejor ni mas útil, ni mas suave, ni mas digno del hombre libre, que la agricultura. Esto mismo demuestran el célebre Casiodoro en su carta 11. del libro 6 y el esclarecido Osorio en el libro 7 de Reg. instit.

Mas ya esta tan noble profesión que con tanta gloria egercian en todos los pueblos los principales vecinos, como eran en Roma los Dictadores, Cónsules, Senadores, y aun los mismos Emperadores, por cuya causa, según asegura Plinio en el libro 18 cap. 3 se experimentó en aquel imperio una exorbitante abundancia, ha venido á parar en no pocas partes, en gente jornalera y esclava, como tenemos á la vista; pues apenas se cultiva por sus propios dueños una quadragesima parte de las tierras en nuestra peninsula; de que indubitavelmente resulta la decadencia tan notable y digna de excitar la compasion de todo buen patriota.

La mala distribucion de tierras, y el inmoderado lujo contribuyen á la verdad en gran parte al abandono, en que yace un tan noble exercicio; pero otros enemigos (que no manifiesto porque no debo, y son fáciles de hallar por quien con empeño los busque) son mas perjudiciales. Las prudentes leyes que nuestro sabio Rey Don Alonso, y sus posteriores han establecido, el acalorado empeño con que vemos á nuestro celoso y sabio actual ministerio, y el fervor que demuestran nuestras sociedades economicas, son excelentes y únicos medios para que la agricultura toque al extremo de su perfeccion. La divina providencia nos conceda esta satisfaccion.

Vm. puede contar en el número de sus verdaderos apasionados á Joseph Revoy.